

¿SIEMPRE CARIDAD?

Repetidas veces Santo Tomás de Aquino afirma a través de las páginas de la SUMA, que el amor es la clave de bóveda que sostiene toda la vida afectiva del hombre y la síntesis de todos los latidos del corazón. Vale la pena que el lector conozca su profundo pensamiento:

"El amor es naturalmente el primer acto de la voluntad y del apetito. Por esta razón todos los otros movimientos apetitivos presuponen el amor como su primera raíz. Nadie en efecto desea algo sino como un bien amado y nadie se goza sino en el bien amado. Aun el odio no se tiene sino a aquello que contraría la cosa amada. Otro tanto puede decirse de la tristeza y de los demás afectos que, es evidente, deben relacionarse con el amor como con su primer principio. Por lo tanto, donde hay voluntad o apetito, tiene que haber amor, pues quitada la raíz, todo desaparece. (Suma I, 20. art. 1, 0).

La conclusión es legítima. En el hontanar afectivo del hombre, brota primero el amor y todos los demás afectos, más o menos remotamente, viven de su vida y de su savia.

La función característica de todo amor legítimo es hacer el bien; y en la medida de su pureza y desinterés, en la proporción en que va perdiendo la ganga del egoísmo para transformarse de concupiscente en benevolente, se va intensificando su función benefactora.

Bastan estas ligeras ideas para calcular las proyecciones que en todo individuo tiene su corazón. Pero puede decirse que en el cristiano adquiere relieve extraordinario por ser la caridad norma de su vida e ideal en sus anhelos de perfección. "En esto conocerán si sois discípulos míos, si os amáis los unos a los otros".

Fieles a esta norma los primeros cristianos, conociendo el carácter operante y eficaz de ese afecto, sembraron el bien a manos llenas y, ante su conducta caritativa y bienhechora con el prójimo, los paganos acuñaron aquella célebre frase. "Cristianos son los que se aman" Es decir, la característica se-

ñalada por Cristo y su práctica en los cristianos, cristalizan en dos fórmulas idénticas hasta en la expresión.

No sólo por su origen y por su destino, sino también por su misma estructura psicológica el hombre gravita hacia una verdadera fraternidad, en medio de un ambiente familiar y con efusiones generosas nacidas de benevolencia.

El odio, por lo tanto del hombre contra el hombre no solo es anticristiano, sino también antinatural. Su presencia únicamente puede explicarse o por un falso juicio en la inteligencia o por un desbordamiento pasional incontrolado en el corazón.

Ciego es el amor y no puede extender sus brazos al bien, si la voz de la inteligencia no le propone el objeto amado. De ahí que una desviación en el corazón presupone un desvío en la inteligencia que propone como bueno lo que en sí es malo. Y es que con frecuencia la inteligencia entre las nieblas formadas por las pasiones no puede discernir la realidad, porque como decía S. Agustín, experto en la materia "los esclavos de las pasiones no pueden juzgar con rectitud".

No raras veces las pasiones desbocadas van produciendo graves alteraciones que invaden todo el ser y crean un estado fantástico, ilusorio, donde a través de falsas fosforescencias aparece la realidad desfigurada con burdos disfraces. Es lo que el P. Félix tan brillantemente exponía bajo la figura de una **seducción** que en la inteligencia sustrae la verdad, en la conciencia altera el bien, en la imaginación fascina con lo bello, en los sentidos atrae con lo sensual y en el corazón subyuga con el amor.

Así se provocan, mediante esos estados, reacciones violentas contra personas, instituciones. y la expresión de ese estado es el deseo del choque en la esperanza de hundir y aplastar el obstáculo. Pero no es ese el estado normal del hombre y es cierto que en serena calma no puede desear el mal y la

venganza del prójimo como satisfacción de su corazón, si bien puede y debe reclamar sus derechos como exigencia de la justicia. En este caso una actitud firme y enérgica es legítima caridad.

Al interrogante que cierra el título de este artículo podemos, pues, responder con toda certeza: **El odio nunca. Siempre la caridad.**

Exigencias de la caridad. En esta serie de consideraciones sin duda que todos caminamos con el mismo norte y con unanimidad de pensamiento. Pero pronto surgirán las divergencias al concretar las exigencias de esa caridad y sobre todo al concretar sus aplicaciones prácticas.

Para algunos el amor al prójimo ha de revestir siempre la forma de cariño tierno, de amistad cordial, de benevolencia extrema, de condescendencia suma, de disimulo total, de disculpa general. Por graves que sean las razones, por poderosos que sean los motivos, creen que esa conducta no puede alterarse.

Se persuaden que no se debe romper la amistad, ni negar el saludo, ni responder fuertemente, ni desenmascarar al hipócrita ni sopesar los motivos. Se persuaden que una actitud enérgica, agresiva a veces, no puede compaginarse con las leyes de la caridad. Y aquí está el error, porque esta actitud de energía y fuerte oposición no sólo es caritativa sino que a veces es la única forma caritativa.

Ama al hijo el padre que lo lleva a una mesa operatoria porque con la herida del bisturí (mal físico) arrancará el tumor y le devolverá la salud (bien físico)

Ama al hijo el padre que pone freno a sus pasiones, que lo obliga al cumplimiento de sus deberes, que se enfrenta a sus caprichos irracionales y a todos sus ruegos y protestas responde con un enérgico NO o con el castigo, aun corporal. Quien bien te quiere, te hará llorar

En todas esas actitudes, en esa firmeza inquebrantable puede haber amor, mucho amor; más que en sentimentalismos morbosos que acaban por conceder todo y en vez de curar agravan la enfermedad. Una educación que en todo condesciende con el educando no forma su alma sino que la deforma.

Casos típicos. En los primeros tiempos del Cristianismo, a pesar de percibirse aún con claridad el eco de la voz de Cristo, surgieron las herejías y San Juan en su segunda carta manda a los cristianos: **"Si alguien viene a vosotros y no trae esta doctrina, no le**

recibais en casa ni le saludéis (2 S. Juan. 10) o sea que no se les dé la bienvenida ni la hospitalidad. Amonestación seria, tanto más de tenerse en cuenta, cuanto que la da el Discípulo de la caridad y en épocas en que la hospitalidad era un precepto

Junto a los extravíos de la inteligencia en forma de herejías brotaron también los extravíos del corazón en forma de escándalos. Es en Corinto, el gran puerto griego, donde entre la primera comunidad cristiana corren rumores públicos de un hecho incestuoso. **"Corren rumores serios, dice San Pablo que hay entre vosotros fornicación y tal fornicación, cual ni entre los gentiles, hasta tener alguien la mujer de su padre. Y vosotros estáis orgullosos y no os habéis puesto más bien de luto para que sea arrancado de en medio de vosotros quien así procede. . . Yo ya lo he juzgado. En el nombre de Jesucristo Nuestro Señor, entregar al tal, a Satanás para perdición de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor. (Fórmula de excomunión)"**

"No es buen orgullo el vuestro. No sabéis que poca levadura leuda (hace fermentar) toda la masa? . . . Ahora de nuevo os escribo; no tratéis con fornicarios. Si alguno que tiene nombre de hermano es fornicario o avaro o idólatra o maldiciente o bebedor o robador, **con el tal ni comer.** (1 Cor. V, 1-11)".

Testimonios parecidos pululan en San Pablo. Y es de notar que en los momentos que tomaba estas severas determinaciones con el descarriado, bullían en su cerebro las ideas de la caridad que casi, a renglón seguido, cantan en seráfico lirismo. **"Si hablare las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tuviere caridad, me he transformado en bronce que resuena o en cimbalo que clamorea. Y si tuviere profecía y supiere todos los misterios y toda la ciencia y si tuviere toda la fe hasta trasladar montes, pero no tuviere caridad, nada soy. Y si gastare mi hacienda toda en pan para los hombres y si entregare mi cuerpo para ser quemado y no tengo caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es benigna".** (1 Cor. XIII, 1-4).

Y este apóstol, en nombre de esa caridad paciente y benigna, amputa del cuerpo de la Iglesia al incestuoso que, como gangrena, es una amenaza para la comunidad

Hasta en las profundidades del espíritu ajeno puede uno penetrar y juzgar las intenciones ocultas que se manifiestan por los resquicios de las palabras o de las obras. Que si hay un juicio **temerario** cuando sin sufi-

ciente fundamento se pone en tela de juicio, y falla sobre la conducta ajena, existe también un juicio **prudente y racional**, basado en razones serias y de peso.

. Odia el delito, compadece al delincuente...
Tuve en mi juventud un profesor, tan buen profesor como excelente cristiano que sentía predilección por las obras de misericordia, especialmente por la visita a los presos de las cárceles. Mi impresión primera fue brusca, cuando al encontrarme frente a la enorme puerta de hierro, fuertemente custodiada, alcé mis ojos y sobre el lienzo de blanco pared leí en resaltante color negro esta sentencia **"Odia el delito; compadece al delincuente"**. Expresión hermosa que parece traducción débil de aquella otra agustiniana **"Mata el pecado y ama al pecador"**.

Y a este Doctor acuden muchos en justificación y defensa de su conducta claudicante queriendo leer en esas sublimes palabras el retrato de su proceder. Como si la severidad estuviese siempre reñida con la caridad y, como si el mismo Doctor muchas veces, a guisa de comentario de su famosa sentencia no hubiera dado su recta interpretación en frases como ésta "Os va mi único ruego, que apartéis alma y oídos de todo el que no sea católico" (Sermón 215-9)

Un peligro. Claro está que en esta conducta severa con el prójimo y en el desearle algunos fracasos "humiliare digneris" puede subrepticamente infiltrarse el egoísmo, enroscarse el odio. No lo negamos, pero los actos más virtuosos están expuestos al asalto de una oculta pasión o de una torcida intención. La piedad puede transformarse en exhibición, la limosna en vanidad; la misma humildad en ostentosa soberbia

En materia tan espinosa propone el Doctor Angélico una cuestión tan delicada y peligrosa que es como el asomarse al borde extremo de un abismo. Pregunta si uno puede desear el castigo del propio malhechor en los tribunales. Con esa disección admirable con que separa los diversos aspectos de un problema viene a decir lo siguiente.

"Todo depende de la intención. Si ante todo pretendo que se le dé un buen castigo y con eso me contento, evidentemente es ilícito; porque gozarse en el mal de otro, fruto es del odio y repugna a la caridad con que debemos amar a todos los hombres. Pero si mi deseo va tras un bien que se consigue con el castigo del transgresor, como sería su corrección, su amedrentamiento,

la tranquilidad de los demás, la conservación de la justicia, el honor de Dios... entonces el deseo del castigo puede ser lícito" (Suma, 2, 2, q 108. 1. o.).

En momentos tan críticos urge una vigilancia suprema y un frenar enérgico en el corazón para que el odio no venga a matar con su hálito venenoso lo que puede y debe ser dictado de justicia y fruto de caridad.

Ni sólo cuando se trata de tribunales oficiales sino que el castigo infligido al malhechor por su propia víctima puede estar unido de caridad. "No todo es que perdona, dice S. Agustín, es amigo, ni enemigo todo el que castiga. Más vale amar con severidad que engañar con suavidad. Preferible es negar el pan al hambriento, si bien comido ha de pisotear la justicia que dárselo (al hambriento) para que siga engañando en su injusticia. El que ata al furioso y el que despierta al comatoso a ambos molesta pero a ambos ama. Nadie nos ama más que Dios y nos enseña a veces con suavidad y a veces nos asusta con sus amenazas y castigos (S. Agustín, Carta 93).

El remedio. Si fuéramos a buscar la raíz justificativa de este proceder ya hallaríamos en la caridad. El hombre mientras viva en la prosperidad fácilmente se olvida de Dios y se tiene a sí mismo como la causa de todo éxito, capaz para bastarse a sí mismo independiente de toda ley. Ese estado de autosuficiencia que se atribuye a sí mismo se caracteriza por un sentimiento de seguridad y audacia. Para despertarlo de ese estado espiritual comatoso hace falta una fuerte secudida. La desgracia en sus diversas formas echa por tierra ese andamiaje. El hombre entonces se siente débil, impotente. Las ideas de grandeza y autosuficiencia se esfuman, los aplausos aduladores se apagan; el pensamiento regado al exterior se reconcentra y el hombre en soledad aprende a valorarse en lo que tiene de impotencia y de dependencia de Dios.

Ese estado representa el momento oportuno para que el hombre íntimamente se conozca a sí mismo y a los demás. Ese es el momento propicio para la reflexión y para la conversión. Aunque duro en su génesis, encierra principios de bien. La desgracia suele ser el camino de Damasco para muchos Saulos extraviados. Y siempre es una bendición que caiga Saulo para que surja San Pablo

Víctor Iriarte.